A favor de las ideologías

Santos Sanz Villanueva

Si de algo no puede acusarse a Belén Gopegui es de transitar caminos consabidos. Al revés, los planteamientos rutinarios quedan lejos de sus hábitos y suele asumir riesgos infrecuentes al abordar temas de calado político social con una concepción literaria muy suya. Debe destacarse esta doble perspectiva porque en ella reside su personalidad y de la misma depende la valoración de su escritura. Describir *Acceso no autorizado* como una fábula sobre el poder y sus alrededores apenas dice nada sobre su verdadera esencia. Añadir que la autora adopta una postura muy crítica agrega poco más que la perspectiva desde la que se aborda un asunto de vieja tradición. Apostillar que ese poder tiene encarnación concreta en la política de los últimos gobiernos socialistas españoles sólo sirve para afincar a Gopegui en la línea de un realismo crítico que atraviesa su media docena de novelas publicadas hasta ahora. Otra cosa es la que debe considerarse básica: la singularidad de una trama que bordea los límites de la verosimilitud porque en verdad a la autora madrileña le importa poco presentar una historia concebida dentro de los cánones del realismo convencional; sin que por ello se incline hacia la ideación anecdótica fantasiosa ni renuncie a que la anécdota de la novela se perciba como un suceso realista, verdadero en su sustancia. Por eso *Acceso no autorizado* requiere un lector que establezca con el autor un pacto más allá del simple verismo testimonial. Así, el que el argumento suscite en su detalle serias reservas tiene importancia relativa e incluso puede implicar una mala lectura.

Belén Gopegui: *Acceso no autorizado*, Barcelona, Mondadori, 2011

En *Acceso no autorizado* ocurre lo siguiente. Un hacker entra en el ordenador de la vicepresidenta del gobierno español. Ella establece una relación de confianza con el intruso y se abstiene de dar cuenta de la presunta amenaza a los servicios de seguridad. El espía se convierte a la vez en colaborador cómplice y en una especie de segunda conciencia de la mujer. Discrepancias de gran calado de la vicepresidenta con el presidente motivan, al fin, su cese. Esta línea básica se anima con anécdotas convenientes, aunque no del todo imprescindibles, para que la novela, que al fin y al cabo, como toda ficción, tiene voluntad de recrear con amplitud la vida, inserte esa trama en un reflejo más detallado de la realidad. Esas peripecias laterales, casi pegadizas, diríamos al modo cervantino, aportan elementos complementarios: el aliciente de la intriga, la materia de la falta de escrúpulos con que se ejerce el control social y un inquietante mensaje acerca de la precaria situación de la privacidad en el mundo de la revolución tecnológica y de la sofisticada ingeniería de la comunicación.

Un dato llamativo marca la trama. Sus protagonistas admiten una trasparente identificación con personajes reales. Rasgos temperamentales públicos y el nombre de la vicepresidenta, Julia Montes, ninguna duda ofrecen respecto de a quién se refieren. Igual ocurre con Álvaro, ministro del interior, de «barba entrecana». Y al presidente del gobierno socialista actual remiten los movimientos estratégicos e ideológicos del presidente de la ficción. Este paralelismo con personas fotocopiadas de una realidad concreta se corresponde con una problemática igualmente calcada de episodios actuales. Ocurre con el motivo anecdótico central: el proyecto de integración parcial de las cajas de ahorros en un sistema de banca pública se convierte –según la novela– en una bancarización de las cajas por la presión de los bancos, lo cual les permitirá adquirirlas y aumentar cuota de mercado.

Dos personajes fundamentales reciben un tratamiento diferente. Luciano Gómez Rubio ofrece mayor dificultad para su identificación con el referente real, al menos para un amplio sector de la población desconocedor del pasado político de nuestro país. Ello se debe, seguramente, a que Gopegui ha querido preservar en él un valor modélico de comportamientos auténticos y no viciados por el utilitarismo de los partidos políticos. De todos modos, ha

eludido la abstracción y la significación del personaje («fue uno de los personajes clave en la trayectoria del partido socialista»), sus gestos (la afición a fumar en pipa) y sus actitudes ideológicas llevan a atribuirle un nombre, el de Luis Gómez Llorente, teórico, sindicalista, líder de la corriente Izquierda Socialista (todavía mantiene relación con esta tendencia, se dice, y ello permite desvelar sin dudas su identidad), persona discreta y honesta, que abandonó la política tras el triunfo del felipismo en 1979. En cuanto a Eduardo, éste sí está falto de identificación específica y ello porque, me parece, conviene a la trama. El abogado hacker representa el amplio movimiento de lucha contra la dictadura y asume el papel de quien mantiene antiguos ideales de justicia después de haber abandonado la obediencia a un partido (Gopegui no da puntada sin hilo: fue militante comunista). Con toda intención, tanto Luciano como Eduardo encarnan al héroe positivo.

Este conjunto de actores remite a un tema fuerte: las posibilidades de llevar a cabo desde el poder un cambio social profundo. Gopegui se muestra pesimista respecto del poder político, cuyo ejercicio se considera, sin idealismos, como «un continuo ir y venir de secretos que hay que administrar». Además, subraya las grandes dificultades prácticas para ejercerlo por el peso de las inercias sociales y de los llamados poderes fácticos. El gobernante reformista –se dice por boca de Julia– tiene que contentarse con pequeños cambios. «La modernidad», se defiende la vicepresidenta, consiste «en conseguir que este país no le vaya a la zaga al resto del mundo». O cometer actos cuestionables. Ante la proclama de Álvaro en defensa del lento cambio de rumbo que han conseguido desde el gobierno, Julia se sincera: «no corregimos nada. Pervertimos el estado de derecho. [...] No fue una chapuza con casualidad, lo fue porque nos sentíamos legitimados para hacer cualquier cosa». Tanta culpa como a estas limitaciones achaca a la inconsistencia ideológica y al factor humano. La afirmación clave de la novela, también la más dura y arriesgada, y verdaderamente valerosa teniendo en cuenta el sustrato izquierdista de la autora, es la réplica de Julia al entreguismo pactista del presidente en diálogo con éste:

> –[...] No es verdad que estés haciendo ahora, debido a la crisis, una política alejada de la ideología. No tienes ideología.

El presidente tomó aire con gesto cansino, como si fuera a contestar a un entrevistador, Julia se le adelantó:
–Déjalo –dijo–. El buen talante, los derechos civiles a los que tú llamas sociales, etcétera: son barniz, aderezos.

El bucle de comportamientos y actitudes ideológicas de *Acceso no autorizado* permite la lectura inmediata como una obra contra los políticos y antisocialista. De lo primero, da buena cuenta el retrato –algo maniqueo– nada misericorde del ministro del Interior, modelo de instrumentalización de la política al servicio de ambiciones personales y de falta de escrúpulos que le lleva a cometer vilezas y trapacerías. Lo segundo se constata en la almoneda o claudicación de un ideario. Pero esa es la inconveniente lectura posible de la novela. El tratamiento admirativo de Luciano y Eduardo –también algo maniqueo– restablece el respeto al político sincero. La movilización del partido, de sus bases, a favor de las propuestas de Julia indica una comedida confianza en los movimientos colectivos. Y la propia Julia, aunque vencida, representa un papel positivo. Su declaración con motivo del cese –uno de los momentos en que Gopegui lleva la apuesta narrativa más lejos, hasta los límites de la verosimilitud tanto por el contenido como por la circunstancia– tiene un valor inequívoco: siempre habrá políticos decentes e idealistas.

Acceso no autorizado responde a un planteamiento de literatura moral que lleva aparejado de forma casi inevitable una moraleja, aunque ésta no se manifieste como lección explícita. Las hipotecas de una práctica socialista específica y ceñida a un momento histórico preciso no desautorizan el socialismo. Las tintas negras de lo que sucede en la novela son como iluminaciones lúcidas para lanzar una alerta: el conocimiento y la corrección de los defectos de una izquierda temerosa y pactista promoverá una sociedad más justa. Además, y por encima de estas lecciones, Gopegui hace una proclama firme a favor de la vigencia de las ideologías en estos tiempos de derrotismo del proclamado fin de la historia. Sobre tal conjunto de ideas se sostiene el mensaje reivindicador y esperanzado de esta nueva novela política de Belén Gopegui ©